

**Julieta Kirkwood**

# **ESCRITOS FEMINISTAS**

La vigencia del pensamiento de  
Julieta Kirkwood en el Chile actual



EDITORIAL  
UNIVERSITARIA



FLACSO  
CHILE

305.420983

K59e Kirkwood, Julieta, 1936-1985.

Escritos feministas: la vigencia del  
pensamiento de

Julieta Kirkwood en el Chile actual

[Julieta Kirkwood]. -1ª ed.-

Santiago de Chile: Universitaria: FLACSO,  
2019.

207 p.; 15,5 x 23 cm. Incluye bibliografía.

ISBN Impreso: 978-956-11-2650-3

ISBN Digital: 978-956-11-2653-4

1. Feminismo - Chile. 2. Mujeres en política - Chile.  
I. t.

© 2019 FLACSO

Inscripción N° 309.689, Santiago de Chile.

Derechos reservados para todos los países por

©FLACSO

Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura - Santiago de Chile.

[direccion@flacsochile.org](mailto:direccion@flacsochile.org)

y

©Editorial Universitaria S.A.

Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

[editor@universitaria.cl](mailto:editor@universitaria.cl)

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida transmitida o almacenada, sea por  
procedimientos  
mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias,  
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía Palatino LT Std 11/14

Se terminó de imprimir esta 1ª edición  
en los talleres de Salesianos Impresores S.A.,  
General Gana 1486, Santiago de Chile en noviembre de 2019.

Rescate de originales:  
Marcela Contreras J. Flacso-Chile.

Revisión de la transcripción y del rescate:  
Lucía Miranda. Flacso-Chile.

Producción Editorial:  
Diagramación interior y Portada: Yenny Isla R., Editorial Universitaria  
S.A.

Imagen de portada:  
*Julieta con furia*. Grabado de Roser Bru. Gentileza Taller 99,  
Fundación artístico cultural Roser Bru.

[www.flacsochile.org](http://www.flacsochile.org)

[www.universitaria.cl](http://www.universitaria.cl)

Diagramación digital: ebooks Patagonia  
[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)  
[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

**Julieta Kirkwood**

**ESCRITOS FEMINISTAS:**  
La vigencia del pensamiento de  
Julieta Kirkwood en el Chile actual

  
EDITORIAL  
UNIVERSITARIA

  
FLACSO  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

# ÍNDICE

Presentación

Prólogo

Julieta Kirkwood: feminismo, subjetividad y sujeción  
KEMY OYARZÚN

JULIETA KIRKWOOD

Chile: La mujer en la formulación política

Ser política en Chile: Las feministas y los partidos

I. Introducción

1. Cuestiones teóricas

El feminismo es revolucionario

2. Encuentro con la Historia

II. Los inicios: 1900 - 1937

1. "El movimiento feminista no es de violencias"

2. Las estudiantes

3. Esperando una larga crisis

4. Y comenzó el debate

### III.El ascenso

1. Mujeres reales en un mundo real

2. En pos del voto político

3. Vigilar y cortejar: una mirada por el cristal de los partidos

4. Las feministas visibles

a. Partido Cívico Femenino (PCF) y su órgano de expresión *Acción Femenina*, 2<sup>a</sup>. época

b. El Movimiento de Emancipación de la Mujer, MEMCH

c. La opinión en torno a los partidos políticos

### Bibliografía

## Feminismo y participación política en Chile

I. Presentación

II. Cuestiones teóricas

El feminismo es revolucionario

III.Periodización

1. Los inicios

2. La crisis y la caída

3. El silencio feminista

4. Liberación global, liberación de la Mujer, Autoritarismo

5. Periodo posgolpe 1973: la oposición feminista al autoritarismo

### Bibliografía

## La política del feminismo en Chile

I. Los “obstáculos” a la participación política de la mujer en Chile

II. ¿Qué significa “hacer política” desde la mujer?

III.La pregunta feminista en la historia

1. Periodo del primer feminismo sufragista, desde 1913 a 1953
2. Un segundo periodo lo constituye el silencio feminista. 1953 a 1978
3. El tercer periodo es, a partir de 1978, la emergencia de una idea o el resurgimiento de una conciencia feminista
4. El debate feminista hoy

Bibliografía

El feminismo como negación del autoritarismo

Bibliografía

Feministas y políticas

I. Nudo feminista político

Bibliografía

Los nudos de la sabiduría feminista (Después del II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, Lima 1983)

I. Presentación necesaria

II. Análisis

III. De los nudos en sí

IV. Nudo Bogotá-Lima

V. El nudo del conocimiento seguido del nudo del poder

VI. El poder

VII. Nudo feminista político

Bibliografía

# PRESENTACIÓN

En abril de 2019 se cumplieron 34 años del fallecimiento de Julieta Kirkwood, sin duda una muerte prematura y profundamente injusta: Julieta no alcanzó a ser una testigo y protagonista de los procesos cuyas simientes tuvieron en ella una de sus principales sembradoras y cultivadoras.

En cuanto intelectual pública, Julieta volcó su formación y vocación tanto sociológica como politológica en dar forma y sustancia al feminismo como concepción de una nueva cultura reestructuradora de una sociedad igualmente nueva. Su prolífica producción académica se comprometió siempre con la visión feminista, procurando de manera sistemática que la exposición de ideas alcanzara el objetivo de impactar en la subjetividad de mujeres y hombres, como fuerza transformadora de esas subjetividades. Testimonios de ello son sus textos ampliamente reconocidos y reproducidos, tales como *Ser política en Chile: las feministas y los partidos*, *Tejiendo rebeldías*, o *Feminarios*.

La actividad académica que desarrolló durante los setenta y la primera mitad de los ochenta en la FLACSO histórica de Chile fue solo una de las facetas de su rica vida. Julieta afirmó muy tempranamente una clara

orientación política como militante de izquierdas, para luego concretar también su compromiso feminista con un fecundo activismo que persiguió proyectar la teoría feminista con acciones concretas. Así, fue fundadora de La Morada, definida por ella como un “centro de producción de pensamiento y de acción feminista”, cuya contribución al avance de esta perspectiva queda resaltada al constatar que este insigne centro fue cuna de varias de las feministas que gozan hoy de un amplio reconocimiento.

Para los coeditores del presente libro no se trata solo de una publicación con un valor histórico, en el sentido arqueológico del concepto. Los textos de Julieta Kirkwood poseen una notable actualidad, que no se circunscribe solo al ámbito nacional: ellos son leídos en todos los países latinoamericanos. En efecto, en el contexto de las recientes movilizaciones feministas en Chile, las investigaciones que se han realizado sobre su trayectoria, las demandas y articulaciones políticas alcanzadas, han puesto en evidencia la vigencia de su pensamiento. Como botón de muestra, recuérdese que la consigna “No hay democracia sin feminismo” proviene de ella.

Su influencia y relevancia del prisma de género se proyecta también en el reconocimiento en los mundos académicos contemporáneos, el cual se manifiesta no solo en la emergencia y consolidación de los estudios específicamente de género como una vertiente disciplinaria por sí misma, sino a la vez en la vigencia creciente de la dimensión de género como eje transversal respecto de las diversas áreas de estudio e investigación. En el caso de Chile, esa transversalidad tiende a consolidarse también en el ámbito de la administración estatal. De hecho, uno de los instrumentos de evaluación ya clásicos de la gestión pública -los Programas de Mejoramiento de Gestión (PMG), puestos en marcha el año 1998- establecía desde el año

2002 que el Compromiso de Género debía cruzar a toda la administración pública.

Es difícil finalizar esta presentación sin mencionar un rasgo de la personalidad de Julieta Kirkwood que constituye un imborrable recuerdo para quienes la conocieron personalmente. Nos referimos a su ingenio, a veces irónico y mordaz, siempre subversivo y frecuentemente con connotaciones feministas. Se lo puede apreciar, por ejemplo, en el lema que esgrimió junto con su colega Margarita Pisano con ocasión de la refundación del Movimiento Feminista: “Democracia en el país, en la casa y en la cama”.

Ángel Flisfisch Fernández

Director

FLACSO- CHILE

Isabel Torres Dujisin

Presidenta Directorio

Editorial Universitaria

Lucía Miranda Leibe

Coord. Investigación

FLACSO- CHILE

# PRÓLOGO

## JULIETA KIRKWOOD: FEMINISMO, SUBJETIVIDAD Y SUJECCIÓN

KEMY OYARZÚN

Las mujeres, como grupo, aún no nos hemos creado ni  
siquiera a nosotras mismas.

JULIETA KIRKWOOD, 1987<sup>1</sup>.

La lucha por el reconocimiento se está convirtiendo  
rápidamente en la forma paradigmática del conflicto  
político a finales del siglo XX.

NANCY FRASER, 2006.

La relectura de la obra de Julieta Kirkwood (1936-1985), a más de treinta años de su producción, nos remite a pliegues de una memoria personal, política e histórica, reconfigurada desde hoy para pensarnos en este comienzo de siglo a partir de los encargos que nos dejan sus textos y que con tanto fervor recogiera el Movimiento Feminista de Mayo 2018. Las nuevas subjetividades psicosociales implican profundas dislocaciones epistemológicas, discursivas, culturales y políticas, y Julieta Kirkwood se

ubicó en esa intersección: “La incorporación de las mujeres será... un proceso transformador del mundo”, afirmó. Y agregó: “Se trata... de un mundo que está por hacerse y que no se construye sin destruir el antiguo” (Kirkwood, 1986, 65<sup>2</sup>). Habla desde una enunciación feminista de izquierda, heterogénea y autónoma, corporeizada, tanto para el conocimiento como para la historia. Es una mirada que asume la subalternidad civilizatoria de la mitad de la especie en los tensos manejos del saber y el poder, en el sexismo científico, en los procesos de creación de conocimiento (Kirkwood, 1986, 16). Pero también se despliega como imaginario fronterizo para introducir la subjetividad y la corporalidad del saber entre lo racional y lo afectivo, entre lo experiencial privado y lo cotidiano, entre lo privado y lo público (Kirkwood, 1986, 31). Enuncia y denuncia desde su propia corporalidad “poderosa”, desde una subjetividad aún no reconocida y capaz de asumir el sexicidio patriarcal de los seis millones de brujas quemadas “por expresar el juego de mezclar la vida con la muerte y la sexualidad con la vida compartida en sentido fugaz y orgiástico” (Kirkwood, 1987, 65). “Presas, golpeadas, escribimos, protestamos” (Kirkwood, 1986, 16), insistió. Al mismo tiempo, decolonial e interseccional en momentos en que los feminismos no se autodefinían en esos términos, emplaza la memoria del conquistador impuesta a los pueblos originarios, las tensiones entre sexo y clase al interior de los movimientos de mujeres, los fundamentos de la adscripción de clase (Kirkwood, 1986, 32). Y cuestiona, desmantela, a su vez, el mecanicismo de clase como único determinante de la política de las mujeres (Kirkwood, 1986, 33). Es desde esas coordenadas que releemos la contundente obra de Julieta Kirkwood en esta nueva edición a cargo de la historiadora Isabel Torres Dujisin y FLACSO. Julieta Kirkwood no solo expone otra

mirada histórica sino que realiza una profunda crítica a las formas de hacer historia.

La memoria de Julieta pulsa y emplaza nuestra historia reciente a partir de los años 1980, periodo que confronta a la dictadura con un vasto espectro de fuerzas, giros democráticos y artístico-culturales en el que se despliegan su reflexión, escritura y militancia político-feministas. El vórtice es el resurgimiento de un movimiento feminista que había quedado replegado e invisibilizado a partir del logro del sufragio en 1949, que sellaba el ciclo de “políticas de representación” (Fraser y Honneth, 2006), con toda su contradicción y falencias a nivel de nuestro país. El “silencio” o la “caída” feminista en el periodo entre 1949 y 1953 es una de las más constantes interrogantes históricas que le hace a la izquierda chilena (Kirkwood, 1986, 77). En este sentido, aunque pudo dar cuenta de la incidencia de la guerra fría en el movimiento feminista, así como la ortodoxia de la noción de clase de la izquierda y las resistencias androcéntricas a la participación de las mujeres en el Partido Radical de la época, creo que Julieta no logró dimensionar la profunda crisis producida en esos años al interior del movimiento de mujeres y en el MEMCH, particularmente, a partir de la “Ley Maldita” (Kirkwood, 1986, 77, 176; Oyarzún, 2019).

Pero también esa intensa memoria de futuro se abre hoy para desplegar la autocrítica de estos treinta años de posdictadura, de nuestra modernización neoliberal en silencio modulado, con políticas fácticas (Lechner, 98) y enormes deudas para con las mujeres y las vastas mayorías del país. Suspensión intransable de feminismos que tensan la democracia más allá de los pactos sociales vigentes, pero también desafíos de resignificar la reflexión crítica en voluptuosa voluntad articuladora capaz de irradiar las contrapropuestas más allá de los márgenes. Los nudos de su sabiduría se van desenmarañando en torno a tres

principios que le permiten declinar la radicalidad: principio de identidad, principio de oposición y un “principio totalizador o formulación del proyecto global alternativo”.

Entre los años 1960 y 1980 a nivel internacional, el feminismo empezaba a plantear la diferencia sexual y de género en torno a las identidades y el reconocimiento a nivel teórico y organizativo. Entre 1976 y 1985 la Asamblea General de Naciones Unidas proclamaba el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, cuyos ejes temáticos eran igualdad, desarrollo y paz. En América Latina se iniciaba un fuerte remezón movimientista con la primera Conferencia Internacional de la Mujer en México realizada en 1975; Laura Allende representaba a Chile desde su exilio. Era la primera reunión intergubernamental dedicada a mujeres y sociedad. Los esfuerzos culminaron con la aprobación de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer. La tercera Conferencia Mundial de la mujer celebrada en Nairobi en el año 1985 se vio también como una evaluación del decenio de la mujer 1975-1985<sup>3</sup>.

Kirkwood convierte a la subjetividad de sexo y género en el eje de su radicalidad mucho antes que Judith Butler instalara la precariedad cultural, social y material como espacio instituido e instituyente del sujeto, en un amplio espectro de agenciamientos del deseo, de formas organizativas, de relaciones psicosociales y políticas. Trastroca esos espacios de subjetivación, los cuestiona y remueve desde la interioridad, la suya y la ajena; denuncia las sujeciones, los sometimientos en busca de la constitución de “sujetos de su propia rebeldía” (Kirkwood, 1986, 65). Este eje la mueve a explorar la escritura de un modo pulsional y dionisiaco, en *Tejiendo Rebeldías*; que guía sus afanes sistematizadores y su resignificación de lo histórico en *Ser Política en Chile*, que elabora sus horizontales prácticas talleristas feministas recogidas en la

edición de *Feminarios*. La subjetivación tiene historia, pero no hay historia sin construcción de sujeto. Cito: “Así como la historia de la conquista de América la hemos tenido que conocer a través de la pluma de los conquistadores y rarísimamente por el testimonio de sus habitantes originarios, así también, toda la historia referida a las mujeres la hemos debido conocer por la pluma y por la vara de los varones” (Kirkwood, 1987, 26). A partir del nudo de subjetivación e historia, Julieta nos arroja un complejo desafío: hacernos cargo de esa historia “para que la conversemos, la dudemos, la reflexionemos y la restituyamos vida” (Kirkwood, 1987, 27).

Declinar la sujeción femenina en debate con la izquierda da cuenta de la profundidad transversal del sujeto en la obra de Julieta. No es casual entonces que en los años 1980 adelantara: “¿Es el sujeto feminista el sujeto principal o secundario de las transformaciones?” (Kirkwood, 1986, 122). Kirkwood se hace parte de la lucha por el reconocimiento y la “reconocibilidad” para instalar el nudo crítico del sujeto a nivel político feminista y subalterno, justamente en la era de su “desaparición” (Butler, 2009). Una nueva episteme recorría Europa, resignificando al Yo, desde Nietzsche a Heidegger, de E. Husserl a J. Derrida y M. Foucault, e indagaba la fisura ontológica del espacio fenomenológico de donde emerge la acción intencional (ego-sujeto). La discusión sobre el quiebre del sujeto-substante llevó a Foucault a enunciar su fin “para encontrar el espacio en que se despliega, el vacío que le sirve de lugar” (Foucault, 1989). Para el año 2000 Alejandra Castillo insistirá en las “políticas de nombre propio” (2004, 15). Y en 2009 Judith Butler enunciará la urgencia de crear un “espacio de reconocibilidad” a partir de una interrogante que politiza la desaparición del sujeto: “¿Cómo llamamos a aquellos que ni aparecen como sujetos ni pueden aparecer como tales en el discurso

hegemónico?”. Y continúa: “¿cómo puede hablar la población que no tiene voz y cómo puede hacer sus reivindicaciones? ¿Qué tipo de perturbación implica en el campo del poder? Y, ¿cómo pueden estas poblaciones poner de manifiesto las reivindicaciones de lo que necesitan?” (Butler, 2009, 323). El Yo estaba ahora problematizado en tanto sujeción, como espacio producido por el poder pero no en términos determinísticos. Del propio seno (Butler, 2009, 323).

A lo largo de su obra *Julieta* se planteó la subjetivación como un fenómeno existencial y epistemológico, deseante y político, espacio fronterizo que desborda simultáneamente la noción patriarcal, oligárquica de sujeto, a la vez que la constitución patriarcal republicana, propia de nuestra modernidad periférica. El hilo de continuismo entre ambos paradigmas está marcado en nuestra historia por el silencio de las mujeres, “pasividad femenina” que para Julieta “habrá de romperse” (Kirkwood, 1986, 65).

Sin autocritica no habría salida, pero no habría autocritica sin autorreconocimiento y subjetividad rebelde. Por ello vuelca su radicalidad al propio proyecto popular de los años 1960 y 1970; un proyecto de país que no logró desplegar su propuesta *con* y *desde* las propias mujeres como subjetividades emergentes, problematizadoras y potencialmente transformadoras. El conservadurismo de la sagrada familia, insiste, habría acarreado efectos antidemocráticos como el movimiento de las cacerolas de 1973 previo al Golpe Militar. Por ello da cuenta de los pliegues de la sujeción patriarcal desde su propio cuerpo y subjetividad; desde su Yo y un “nosotras”, nudo vertical de su escritura. Aquí ni “yo” ni “nosotras” se encuentran reñidos porque Julieta rechaza las dicotomías y los binarismos excluyentes. Yo y nosotras, plantea. Ni nosotras sin “yo”, ni “yo” sin nosotras. Más bien, “nosotras, espurias feministas políticas, clandestinas de grito y de imagen...

buscando... que se unan de otro modo/las palabras y los actos... el verbo ser de a dos, de a tres o de a quinientos” (Kirkwood, 1987, 18). En este sentido, incita a desbordar los moldes de sujeción que dan lugar a la transformación de las mujeres en objetos (Kirkwood, 1987, 39, 40) a nivel del saber y del poder, del deseo y lo político: “No queremos más sumar las mujeres a la política; queremos que todas nosotras hagamos la política. Las mujeres tenemos que descubrir y plantear con valor nuestras propias necesidades; y tenemos que descubrirlas para nosotras mismas, para nuestras organizaciones y para la sociedad” (Kirkwood, 1987, 67).

Los años 1980 venían introduciendo nuevas categorías teóricas e históricas en torno a las claves interpretativas para comprender y transformar los procesos democratizadores en son plural, con sentido poroso a las nuevas subjetividades estéticas, sociales y políticas. De esta manera, más allá del primer ciclo sufragista, las nuevas subjetivaciones de sexo y género venían interrogando las identidades, su accionar colectivo y las políticas de reconocimiento en juego. El campo discontinuo entre discurso, literatura y el cuerpo, las violencias simbólicas y materiales hacia nuestros pueblos originarios, las marginaciones de género y clase, la impunidad, el olvido y la censura marcan la escritura de esos años en el modo desestabilizador de Diamela Eltit y Carmen Berenguer, de Guadalupe Santa Cruz y Elvira Hernández, de Eugenia Brito a Marina Arrate, entre otras muchas.

Entre la subjetivación oligárquica y la republicana se detecta la ausencia de un *para sí* desacralizado que la autora identifica con las dificultades del laicismo en nuestro país, predominio de una “ideología religiosa-secularizada, que les permite mantener el conservatismo... con ropaje progresista” (Kirkwood, 1986, 57). Entre esa desacralización se despliegan haceres invisibles,

minimizados y domésticos de la gran mayoría de mujeres populares, “larga existencia silenciosa de miles de horas de lavar, zurcir, tejer, cocinar, cambiar pañales, limpiar, hacer compras, enseñar (lávate las manos, límpiote las narices, hagamos las tareas) y otra vez encender fuego, poner la tetera, hacer las camas”. Lo privado “nos había privado” (Kirkwood, 1987, 26) a las trabajadoras para conectarlas con la sociedad y sus problemas, a las mujeres conservadoras para que abandonaran “la frivolidad y la caridad” (Kirkwood, 1987, 26), “esperando al Padre, al Abuelo, al General” (Kirkwood, 1987, 18).

Al proponer que la subjetivación se enuncia como accionar personal y colectivamente político, estos textos nos instan a desbordar la idea de sujeto acabado a cambio de tránsitos y procesos indeterminados de producción subjetiva, disyuntiva y sexual, deseante y compleja. No se pretende meramente develar qué o quién se es, sino para rehusar lo que venimos siendo. Desde el derecho de soberanía y la noción de contrato social racional y voluntario se venían ocultando los procesos de sometimiento que implica en la Ilustración la existencia de un poder disciplinario normalizador capaz de operar desde los aparatos ideológicos del Estado en la dirección de constituir sujetos sumisos que interiorizan las normas, los mandatos y los valores con mayor o menor grado de coerción aparente. En este sentido, debemos ubicar a Julieta Kirkwood en una era en que el feminismo pasa a profundizar los sentidos sociales del sujeto de la representación sufragista para dar lugar a un profundo cuestionamiento y resignificación de las identidades en relación con estructuras profundas de dominación capaces de habitar los propios sujetos y sus devenires.

Julieta devela las formas de sujeción, entendiendo lo político como una totalidad heterogénea, plural y dialógica de actividades de vida que comprenden lo privado y lo

público en relaciones psicosociales, sexuales y culturales que alteran la interioridad y las prácticas políticas desplegadas en el para sí y en el colectivo. Al hacerlo se instala en situación de extrañeza frente a sus dos ámbitos de accionar político, como feminista y como socialista. Para hacerlo se desidentifica constantemente; se autodenomina “política” en el ámbito de las feministas y “feminista” en el ámbito de las actorías políticas. No calza sin eclosiones en ninguno de esos ámbitos. Soporta y disiente en ambos. Y cuando dice “Yo” es porque ya no es vasalla, porque se representa sin más designación que aquella de ir “tejiendo rebeldías”. Allí, en lo deseable e indeseable, despliegan la memoria y las resistencias, la imaginación y las experiencias personales y colectivas en busca de autonomías y participación política (Castoriadis, 1975).

Julietta entendió que la fuerza hegemónica incorpora aparatos y mecanismos de sujeción que anteceden, circunscriben y constituyen a los sujetos desde el sexo y la clase. Pero también asumió la subjetivización como potencia transformadora, posibilidad de romper los enclaves de sujeción instituidos en los/las propios/as sujetos. A partir de ese imaginario crítico ella anunció y enunció con intensidad política las trazas de un accionar reflexivo y doblemente militante en las aperturas de nuestros haceres radicales y democráticos de entonces y de ahora. Se planteó las dimensiones instituidas e instituyentes instaladas en el sujeto en relación con la conflictividad de lo deseado (Lechner, 1986). Y emplazó entonces nuestras inconsecuencias de país a partir de voluptuosas inquietudes entre el existir y el hacer, entre democratizaciones por venir y feminismos por hacer. Desde esas fronteras subjetivas emplazó con voz intransable nuestras deudas de futuro para “obligar a la totalidad a una nueva geometría” como don de presente, como encargo incumplido.

En este punto, la matriz de análisis de Kirkwood distingue tres estrategias históricas respecto a la objetivación de las mujeres, consignada por Gayle Rubin como el tráfico patriarcal de las mujeres:

- 1) Un enfoque integracionista al interior de los partidos políticos no feministas; aquí, a los partidos de izquierda se les invoca a “ir más allá del economicismo” (Kirkwood, 1986, 58).
- 2) Una concepción heterogénea de sexo, género y clase capaz de reconceptualizar la igualdad en las diferencias. Insiste: “la nuestra ha sido siempre una sociedad Machista y Clasista; y al interior de cada clase, las mujeres hemos estado en situación de desventaja y minusvalía frente al hombre de una misma clase y condición. Así como hay relaciones de poder entre las clases, las hay también entre los sexos” (Kirkwood, 1987, 66).
- 3) Una activa desarticulación y desmovilización política conservadora de las mujeres que consagra valores morales de la patria y la familia (Kirkwood, 1986, 58).
- 4) Una corriente feminista de contenidos democráticos, vinculada a movimientos sociales emergentes. Aquí, uno de los efectos del silenciamiento de las mujeres queda asociado a la “masculinización de la política” (Kirkwood, 1986, 58, 61), tanto a nivel del lenguaje como de las formas de organización.

Plenamente consciente de las enormes deudas de nuestras repúblicas para con las mujeres a partir de los contratos sociales fundadores, la autora tenía clara conciencia que la diferencia sexual y genérica ha implicado una distribución desigual de derechos. En el caso de los varones, los derechos civiles antecieron a los derechos políticos y

estos, a su vez, a los derechos económico-sociales. A la inversa, las mujeres accedieron primero al derecho de propiedad “antes que a los civiles y políticos” (Guzmán, CEPAL, 2002, 32). Desde allí, J. Kirkwood tensó esa totalidad republicana antes que se instalaran los “nuevos pactos” *sottovoce*, los monólogos de mesas coyunturales, las comisiones designadas y las políticas fácticas de la posdictadura (Lechner, 1998). Obligar a las repúblicas a una nueva cohesión, a una nueva geometría con feminismos tensaría políticamente toda nuestra transición. No habría democracia sin feminismo, insistiría persistentemente. Y, más intenso aún, al asumir un Yo fronterizo entre lo público/privado daría lugar a una subjetividad que desde esa interioridad exteriorizada exige derecho a tener derechos, abriendo un radical corte en los planteamientos del feminismo del reconocimiento. ¿Cómo exigir derechos sin un lugar propio? Julieta no solo pensó desde las mujeres. Situó la radicalidad y la diferencia desde ellas y desde sí, cara a las diferencias genéricas, sexuales, morales, de clase. Desde ese movedizo lugar, altera y alteró los consensos que vendrían durante más de dos décadas de minimalismos políticos frente a la consolidación neoliberal del país.

Mas, ¿de qué Yo estaríamos hablando? Toda enunciación implica una subjetividad partida que pone en juego una producción psicosocial, deseante, existencial y política, de enunciado y enunciación. Devenir subjetividad implica para ella asumir la sujeción, los efectos de sometimiento a los que está expuesta, la situación de poder en la que se está situada. No lo asume meramente como Yo único, como Yo misma. Por ello el proceso acoge la noción de Yo para negar el concepto de sujeto esencialista e incorporar un Yo performativo, vacilante y balbuceante, en proceso de actuación y transacciones, un sujeto que se hace al andar,

aun cuando no se haya conjugado plenamente como sujeto de derecho.

Son sus escritos fragmentarios los que mejor dibujan los tránsitos subalternos, la precariedad de la subjetividad política *para sí y para nosotras*, aquí donde se plantea el deseo de hacer confluir la transformación del mundo y la transformación de sí. Pero le interesa esa dimensión por un deseo más latente que explícito: las formas de organización de los colectivos de izquierda no alteran la sujeción *para las mujeres*. El accionar no logra romper la sujeción de estas porque no se ha comprendido en profundidad la tensión entre igualdad y diferencia en nuestras geometrías totalizadoras de país. La enunciación de la izquierda tradicional ante la cual se levanta ese Yo disidente y sus enunciados no modifica las condiciones de sujeción. Tampoco incita a la diferenciación del Yo. ¿Cómo construir formas de subjetivación disruptivas e insurreccionales en el seno de la convivencia política, en la ética organizacional existente? En este punto, creo que Julieta Kirkwood comprende que lo que no se puede obviar es la construcción de condiciones micro y macrofísicas de igualdad y equivalencia *en las diferencias*.

Julieta Kirkwood entiende que la crisis del *Sujeto Ilustrado* no ha de repararse sino de intensificarse, que no se trata de injertar una *Sujeto Mujer* igualmente esencializada e incorpórea que el Hombre, para potenciar las transformaciones que busca y persigue. Habla desde las mujeres con minúsculas porque trae en la memoria el ejercicio diverso de la historia del Siglo xx, particularmente el ejemplo del MEMCH por una parte, y del Poder Femenino por otra. De modo que lo primero que encontramos es un sujeto de fuerzas encontradas dentro de sí, en tanto ella se asume como subjetividad feminista y como mujer de izquierda. Por eso parte de su diálogo es consigo misma, con la izquierda ilustrada que *llevaba dentro*; con aquella a

la que estaba atada como socialista y que ella decide asumir en una nueva articulación como *feminista socialista*.

Los feminismos occidentales coincidían en ella, pero muy problemáticamente. Judith Butler lo plantearía lúcidamente en 2001 cuando insiste en que “los propósitos del poder no siempre coinciden con los propósitos de la potencia” (Butler, 2001), entendiendo por esa última una energía deseante y transformadora de la forma en que se ha venido existiendo y constituyendo subjetividad. El desafío que movilizó sus reflexiones era el de ampliar el campo cultural de su tiempo con actuaciones y articulaciones inéditas. En este punto, el “Yo” y el “nosotras” se abre en sus escrituras como eventos conflictivos, inquietantes, perturbadores. Lúcidamente advierte, o el feminismo abisma la representación abstracta de la democracia formal y arriesga la singularidad y la participación, o se vuelca al silencio, silencio que es ante todo silencio de sí. Abre como nadie las aristas de un pensamiento sobre la identidad y la diferencia, para hacer debatir la sociedad heterogénea y múltiple que extraña, desde la igualdad inexistente y anticipando una igualdad que erosione el Patriarcado y la sociedad de clases, imaginario por-venir. Por eso, su diálogo con la izquierda es horizontal, de “tú a tú”, lo cual abre la potencia y las resistencias. Va desplegando un saber sobre sí misma, sobre su mismidad como potencia encarnada, abierta a lo sensorial y a su propia corporalidad. Entonces, recién entonces, lo político empieza a desplegarse como heterotopía, desde la piel al mundo, desde la conciencia al sentimiento.

Aquí, desde las disparidades corporales y simbólicas, las disidentes de género y clase que excepcionalmente protagonizan el discurso deben enfrentar amenazas patronales de nuevos desalojos de lo público “y de vuelta a casa”. El *Yo*, el *Nosotras Feminista*, titila aún en un espacio incierto. Por eso, en lugar de afirmar su presencia pública,

el quehacer político hegemónico amenaza con volcar hacia lo privado toda afirmación, por tímida que parezca, de una *Res Pública* con mujeres.

Teóricamente, los imaginarios críticos del sistema sexo-género hegemónico han sacudido los supuestos epistemológicos de la Modernidad a nivel estético, psicosocial y político. Las violencias simbólicas alimentan y reverberan en los femicidios, el abuso sexual, laboral, cotidiano y silente. Julieta Kirkwood revela que no ha sido posible cuestionar el lugar de los procesos de subjetivación colectiva en nuestras periferias sin problematizar la corporeización y territorialización subjetiva a través de los distintos giros democráticos y de los péndulos autoritarios que nos circundan. A nivel de la teoría social latinoamericana, la reflexión feminista de Julieta Kirkwood se instala en la interrogación sobre los nuevos movimientos sociales, que han sacudido durante décadas la “verdad” de los discursos oficiales, sus referentes y sus enunciados, pero sin desestabilizar las comunidades científicas y epistémicas que las instituyen. Entendemos que el rescate de la potencia autotransformadora de las nuevas subjetividades se despliega corporal y afectivamente para enunciar la desobjetivación erótica, afectiva, sexual, el mandato que se desliza imperceptible entre el “anillo al dedo... y la escoba en la mano” (Kirkwood, 1987, 61).

Kirkwood habló desde la mujer y desde lo popular alternativo a modo de recomponer el tejido psicosocial desmembrado durante la dictadura; hacerlo la convertiría en una “doble militante”, del feminismo y del socialismo (este último concebido como pliegue de la democracia radical). Para ella, el saber es práctica (actividad, trabajo, producción de producción, creación de pensar, de ser y de hacer). Saber situacional y concreto, pero no por ello menos intransigente con los sueños. Con ello Julieta propiciaba un sacudón epistemológico al sociologismo

vulgar de los años 1960 y al neopositivismo aún vigente hoy bajo la forma de saberes funcionalistas y transacciones inmediatistas. Es pues, una intelectual “orgánica” de ambos movimientos (feminismo y socialismo), con soltura, distancia y espesor crítico, siempre atenta a las vicisitudes de proyectos políticos amplios, multclasistas y plurales.

¿Se trata de “orgánicas” contradictorias? Lo sabía ella entonces. Lo supo siempre Elena Caffarena. Lo sabemos hoy. Se trata de registros heterogéneos, diferentes, y articulables solo en la medida que se los reconozca como tales (feminismo y socialismo, género y democracia radical, lo personal convertido en político), movimiento por el cual Julieta, como tantos y tantas, arriesgó su libertad, su salud y su vida durante esos álgidos días de los años 1980. Hoy se cuestiona el separatismo presente en algunas actividades feministas. Julieta se enfrentó a ese fantasma organizacional una y otra vez a partir de nuevas articulaciones de la diferencia, armando geografías y conjuntos capaces de “mirar previamente dentro de sí mismos” para luego “liberarnos juntos en la sociedad” (Kirkwood, 1987, 35). Por eso su insistencia: “solamente la recuperación de cada interioridad femenina y el reconocimiento e identificación con las “otras” interioridades femeninas... nos podrá abrir la posibilidad de seguir los rumbos de la liberación” (Kirkwood, 1987, 35). Desafío a las izquierdas de hoy, *vértigo de alianzas*. Julieta se declara socialista feminista y feminista socialista, dependiendo del espacio y del énfasis, pero siempre con un ánimo polemizador que le permite hacer resaltar las aristas que dificultan el análisis. Esos “nudos identitarios” marcan las diferencias que se manifestaban entre las “mujeres políticas” y las “del movimiento” al interior del feminismo.

Más importante aún. El saber crítico de las mujeres transformaría fundamentalmente los paradigmas de la subjetivación. Forzaría también a una reconsideración

crítica de las premisas y normas de la ciencia existente. Convierte a Julieta en una intelectual de “nuevo tipo”. Subjetividad emergente de la biografía, la memoria y la historia: subjetividad intransigente y nomádica. Su doble “militancia” no implica ni debilitamiento deseante (*voluptas*), ni desencanto político (voluntad de poder). Antes bien, despliega un tortuoso proceso de autonomía frente a los proyectos reflexivos y políticos: un situarse desde los conflictos, articulando las polaridades con distancia y empatía creadoras.

## Bibliografía

- BUTLER J. (2001). “Performatividad, precariedad y políticas sexuales”. En: *Revista de Antropología Iberoamericana, Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red Madrid*, Organismo internacional. Vol. 4, N° 3, septiembre-diciembre, pp. 321-336.
- CARRASCO M. (1993). La propuesta feminista de Julieta Kirkwood en los textos *Feminarios y Tejiendo Rebeldías*. Tesis de grado. Concepción: Universidad de Concepción.
- CASTILLO A. (2004). “La política del nombre propio: ‘el feminismo soy yo’”. En: *Utopía(s) 1973-2003. Revisar el pasado, criticar el presente, imaginar el futuro*. Nelly Richard (Ed.). Santiago de Chile: Universidad ARCIS, pp. 143-147.
- \_\_\_\_\_ (2007). *Julieta Kirkwood. Políticas del nombre propio*. Santiago de Chile: Palinodia.
- CASTORIADIS C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores, Colección Acracia.
- CHUCHRYK P. (1991). “Feminist Anti-Authoritarian Politics: The role of Women’s organizations en the Chilean Transition to Democracy”. En: *The Women’s movement*